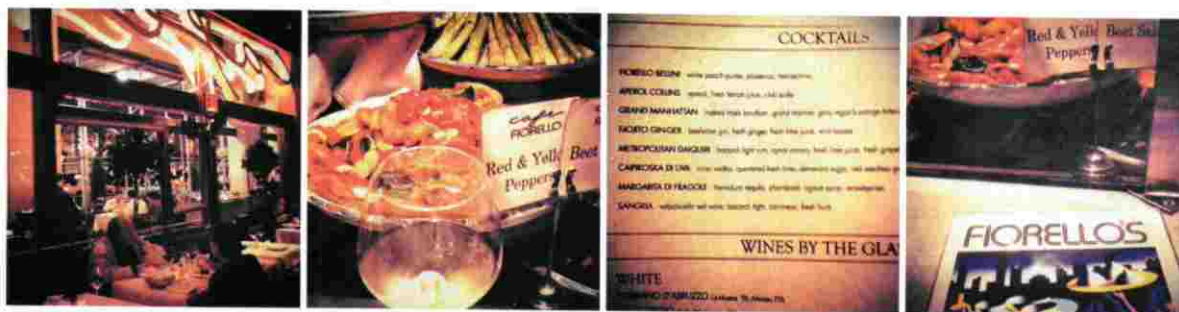




DIARIO MADRID 
por **ELVIRA LINDO**



RESTAURANTE
FIORELLO
EN NUEVA YORK,
EN PLENO UPPER
WEST SIDE.



CENA EN FIORELLO

UNA INESPERADA LLAMADA AL MÓVIL Y UNA CENA MUY «REAL». AVENTURAS DE UNA ESCRITORA EN UNO DE LOS ITALIANOS MÁS IN DE LA GRAN MANZANA. *fotos XAVI MENÓS*

Estábamos aplaudiendo al final de «Volver», la noche que se estrenó en el Lincoln Center, cuando me sonó el móvil. Vaya por Dios. Se me había olvidado apagarlo. Pero ya, en medio de los aplausos y de esos bravos que profería un público que siempre mima a Almodóvar, la musiquilla de la llamada no se apreció y yo anduve hacia la puerta de salida para ver quién era. Cuando estoy fuera siempre pienso que puede haber pasado algo en España. Así me educaron, en ese estado permanente de alarma, y ya me resulta imposible cambiar. Entre el griterío escuché que alguien me llamaba de parte de los Príncipes. Acaban de salir de una comedia musical, creo que «La calle 42», y nos sugerían tomar algo. A gritos yo también les indiqué un restaurante italoamericano que se encuentra frente al Lincoln Center y donde acaban haciendo cola muchos de los amantes de la ópera que no han reservado mesa en otro lugar más distinguido: Fiorello. Precisamente, acabo de leer que Mario Vargas Llosa fue a este restaurante el día después de recibir el Nobel, tras una velada musical. El Fiorello es ese lugar donde milagrosamente siempre hay mesa o va a haberla en media hora. Las raciones son sabrosas y abundantes, la pizza desborda la mesa como los relojes del cuadro de Dalí. No hay lujos ni tonterías: hay gente con el hambre que da la música, un hambre alegre que precisa regarse con vino.

Como soy dura de oído, no pude apreciar que la voz que sonaba al otro lado de mi móvil era la del propio Príncipe Felipe, al que le grité, sin miramientos, la dirección del sitio. Los esperamos en la puerta y aparecieron alegres, de la mano, aún sin hijas, recién estrena-

do su matrimonio y más anónimos que nunca en una ciudad en la que es fácil ser libre. Bebimos vino y compartimos unas pizzas. Fue una conversación animada y natural. Nada que no se pueda contar y nada que se deba contar. El alejamiento del país de uno propicia esas situaciones que yo he saboreado sin hacer alardes públicos pero muy consciente de que estaba conociendo a ciertas personas en una situación especial: más relajadas, más abiertas.

Ahora veo que la televisión ha convertido sus vidas, aún tan jóvenes, en materia de ficción. En las tertulias televisivas se estudiará cada uno de los hallazgos de los actores en su imitación de los seres reales, se analizarán los secretos que han desvelado los guionistas. Para mí, el gran secreto no desvelado es que son personas llanas y amistosas, mucho más, por cierto, que gran parte de las autoridades españolas que viajan con su séquito de periodistas y asesores a Manhattan. Personas expuestas a una situación excepcional en la que nunca hay una seguridad de futuro absoluta. La princesa Letizia hablaba de los hijos que estaba deseando tener, el Príncipe Felipe dijo algo que se puede contar y que creo que le define: «Hay que aceptar las críticas porque alguna vez nos criticarán y tendrán razón». Desde alguna mesa nos miraban, pero todo el mundo actuó con discreción: es la marca de la ciudad. El camarero mexicano que trajo la cuenta les preguntó si realmente eran quienes todos los camareros sospechaban que eran y les dio la mano. Ahora no recuerdo quién pagó la cuenta. Puede ser que quisieran pagarla ellos y puede ser que yo me adelantara. Como dice mi marido, soy muy flamenca. ■